

LA INTERPRETACIÓN ANALÍTICA: UNA CUESTIÓN DE LO REAL

por Norberto Rabinovich.

(*) Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis; Rosario; 1999.

EN el terreno de la técnica analítica, tanto Freud como Lacan, hablaron de diversas formas de intervención posibles, pero reservaron a la interpretación el lugar principal de su acción. Esto no podría ser de otra manera, en la medida que la interpretación analítica es la única operación que muestra una correspondencia, una coherencia radical con la naturaleza del inconsciente. Más, si esta es desconocida u olvidada por el psicoanalista, la interpretación desvía su rumbo y pierde su originalidad. Trataremos de precisar entonces, donde reside la especificidad de la interpretación analítica en su correspondencia con la estructura del inconsciente. En esta breve puntuación, solo plantearé cuestiones simples y de fundamento, de verdades primeras del psicoanálisis.

“Desde el origen se desconoció: el papel constituyente del significante en el estatuto que Freud fijaba para el inconsciente”, escribió Lacan en “La Instancia de la letra”. He aquí la plataforma de lanzamiento de lo que fue llamado por el “retorno a Freud”. Su penetrante lectura le permitió reconocer que Freud había descubierto que los componentes del sistema inconsciente responden a la estructura del significante. Pero esta estructura es compleja, presenta distintas instancias. El punto crucial del descubrimiento freudiano estriba en que a nivel del inconsciente, los significantes son registrados en función de su pura materialidad fonológica. Ellos funcionan según una ley que es ajena a la complejidad y riqueza de ese otro campo del lenguaje donde se estructura el sentido y la significación. A estos últimos, Freud les adscribió otro lugar, el sistema Prec – Conc., fábrica y depósito de los significados, reglados por los Procesos Secundarios.

En el inconsciente impera la ley de los Procesos Primarios. ¿Que quiere decir esto? Que los significantes son tratados como cosas, sin prestar atención a las relaciones de sentido. Estos componentes del sistema inconsciente, fueron llamados por Freud Sachvorstellungen (representación de cosas) mientras que los otros, los del preconscious, fueron denominados Wortvorstellungen (representación de palabras). La Sachvorstellung no es la representación imaginaria o simbólica del objeto. Ella no retiene los componentes imaginarios que aportó la percepción `primera. Tampoco es una representación simbólica del objeto percibido. La Sache, tampoco es Das Ding. Lacan fue categórico: las Sachvorstellungen descritas por Freud, son asunto de lenguaje, cuestión de palabras. De aquel registro del significante, donde el signo lingüístico queda inscripto como una articulación fonológica pura, vaciada de todo valor significativo.

La memoria inconsciente registra a los significantes que lo constituyen, en su pureza material, en su estructura literal, “desconociendo” el factor semántico que los define, por otra parte, como elementos del sistema del lenguaje. Cuando hablamos, cuando escuchamos hablar, nuestra atención recae sobre el sentido y no sobre los sonidos donde ese sentido se soporta. En el “olvido” al que quedan reducidas las distinciones fonéticas, reconocemos la esencia misma del mecanismo de represión.

Sobre estas bases teóricas, se afirma la modalidad técnica de la interpretación analítica. *Aquello sobre lo que debe recaer, aquello a lo que apunta, lo que la interpretación*

pretende alcanzar es la letra del inconciente. Ella es lo más desprovisto de sentido. La instancia de la letra localiza en el inconciente, un agujero real. Esta operatoria técnica redobla la modalidad intrínseca de la estructura del inconciente.

Freud dijo que la finalidad buscada por los Procesos Primarios, consistía en alcanzar la *identidad de percepción, para repetir así un cierto goce.* Pero aquello que en este fenómeno, Freud llamó identidad de percepción, no tiene nada de una reminiscencia imaginaria. Lo equiparó a la alucinación. Expresaba así que el modo de gozar del inconciente, se abre a una dimensión de lo real. La identidad de percepción describe el reencuentro de lo mismo bajo la forma pura del significante en su identidad fonatoria. En cambio, la identidad de pensamientos, vale decir la equivalencia significativa entre dos significantes, es asunto del sistema preconciente.

Tomemos un sencillo ejemplo para volver sobre este recorrido.

“Juan es un perro, ayer me robó la bicicleta.”

Esto significa que Juan es un maldito ladrón. El perro ha quedado convertido (en el significado) en un ser de maldad. Producida esta operación metafórica, el significante perro no desaparece sino que permanece latente con otro u otros sentidos en la memoria lexical. Listo para ser usado nuevamente. Por ejemplo:

“Juan sigue a José por todas partes. José tiene un buen perro”.

En esta frase perro sustituye también a Juan adjudicándole el sentido de obediente, fiel. Perro, ese animal doméstico que hace guau guau, se transformó en maldad como también en fidelidad. Y así podemos seguir añadiéndole al perro, digo al significante perro, nuevos significados. Llegados a este punto podemos advertir que perro, el sonido perro, que ha permanecido inalterado a lo largo de sucesivas mutaciones de sentido, no tiene un significado que le sea más propio que otro, sino que una vez que empezó a deambular en el discurso concreto, se comporta como un vehículo fonemático capaz de trasladar y engendrar cualquier significado. De todas maneras, en cada oportunidad donde perro adquiere un significado cualquiera, nos olvidemos que perro no quiere decir nada. En cambio el inconciente está atento a este registro. El inscribe p/e/rr/o y lo trata como una cosa sin significado. Hace un permanente trabajo de purificación de los significantes de la lengua y los manipula en el registro de su articulación fonatoria, secos de todo carácter significativo. Así, en el caso que perro formara parte del acervo inconciente de un sujeto, podrá retornar en un sueño, un lapsus, un síntoma, por ejemplo, como rope/ro, pues conserva al perro en la identidad de letra a letra o mejor, de fonema a fonema la.p la e, la rr, la o.

Es precisamente esta singularidad de las huellas del inconciente la que aporta a la interpretación analítica su carácter específico y su eficacia. Aunque el analista no descuide los hilos significativos por donde se despliega el decir analizaste, *el medio y el fin de la interpretación analítica, no es revelar un sentido oculto o engendrar uno nuevo, no es renovar el flujo de las significaciones, sino para despejar en su singularidad un haz de sonidos puros, ofrecidos a la escucha analítica por la repetición sintomática.* El analista habrá de tratar a las palabras como cosas para realizar su interpretación y si es acertada, podemos decir que alcanzará de ese modo lo real del inconciente.

Siendo el equívoco la modalidad técnica privilegiada en la intervención del analista, ella no pretende resolverlo proponiendo una nueva precisión semántica, sino por el contrario

apunta al mantenimiento de la irreductible equivocidad del significante inconciente, independientemente del sentido.

La interpretación – explicó Lacan – es una significación y no puede ser cualquiera. Pero lo esencial no está allí. Lo esencial es hacer surgir un significante puro sin sentido. En la interpretación, el analista, sirviéndose de lo simbólico dirige su mira a hacer vibrar la letra reprimida.

¿Cómo definir entonces el registro de la interpretación verdadera? En última instancia, el efecto buscado es algo relacionado con la función poética del lenguaje. Se producirá algún efecto de verdad, no por el sentido o la significación de la interpretación, sino más allá de este registro, por la resonancia, la asonancia, la consonancia que algún elemento privilegiado de la fórmula interpretativa pueda establecer con el significante inconciente.